

A vibrant comic book cover illustration for Star Wars. The top half features three characters: a green alien with red eyes and a yellow jacket on the left, a large blue alien with yellow eyes in the center, and a silver droid on the right. The background is a dark space with stars. The bottom half shows two characters in dark blue uniforms running through a cluttered, industrial-looking environment. The man on the left is carrying a brown helmet, and the woman on the right is holding a small device. The overall style is classic comic book art with bold colors and dynamic poses.

STAR WARS

AVENTURAS EN EL
ESPACIO SALVAJE

EL ROBO

Siguiendo la pista de sus padres secuestrados, Milo y Lina han llegado a Lothal en busca de un aliado. De repente, les roban algo muy preciado para ellos y, para recuperarlo, deberán embarcarse en la misión más peligrosa hasta la fecha.

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy muy lejana...

Mientras el malvado Emperador Palpatine fortalece su férreo dominio sobre la galaxia, Lina y Milo Graf buscan a sus padres desaparecidos, secuestrados por el capitán Korda del ejército Imperial.

Navegando a bordo del *Ave Susurro* con su fiel droide CR-8R, los niños han descubierto la fuente de una misteriosa transmisión que hace un llamamiento a la rebelión contra el mismísimo Imperio. Han puesto rumbo al planeta Lothal.

Lo que Lina y Milo desconocen es que fuerzas siniestras se acercan en busca de la información secreta que se esconde en la base de datos de CR-8R...

CAPÍTULO 1

NEGOCIOS TURBIOS

El Capitán Korda frunció el ceño ante el ventanal que se abría frente a él. Un gran torbellino de un gas carmesí le devolvía la mirada.

Por la derecha de Korda, se aproximaba nervioso un oficial del Imperio, blandiendo una tableta.

—Capitán, tenemos nuevos descubrimientos para usted.

Era un espécimen patético, con un rostro carnosos y lleno de cicatrices y un vientre que ejercía una considerable presión en el uniforme gris.

—¿Y usted es...?

El joven oficial tragó saliva.

—Subteniente Jams, señor.

Korda le arrebató la tableta de sus manos temblorosas.

—Su uniforme es una deshonra, Jams. Parece como si esas botas no se hubieran limpiado en meses, el cuello está sucio y su insignia torcida.

Jams se miraba nervioso la insignia de rango de su pecho; dos cuadrados rojos sobre dos azules. Su mano rechoncha estuvo a punto de ajustar su placa, pero la retiró, pensándose mejor.

—Lo siento, señor. Lo haré mejor.

—Eso espero —gruñó Korda, impactando la tableta contra el pecho de Jams—. Vuelva a mi puente con ese aspecto y deseará no haber entrado nunca en la Academia Imperial.

—Sí, señor —dijo Jams tartamudeando, a punto de dejar caer la tableta antes de agarrarla—. Gracias, señor.

Korda suspiró. ¿Cómo había llegado hasta allí? No demasiado tiempo atrás, él había sido una estrella emergente del Ejército Imperial, y había recibido medallas de honor del gobernador Tarkin y misiones de Lord Vader en persona. Ahora, estaba catalogando masas gigantes de gas en los límites del Espacio Salvaje a bordo de un carguero estelar casi obsoleto. El aburrimiento era devastador, y los días se llenaban de exploraciones inútiles e informes tediosos. Incluso intimidar a su patética tripulación había perdido su encanto.

Se frotó la piel arrugada que tenía alrededor de la mandíbula metálica. La cicatriz le escocía terriblemente, otro recuerdo de su fracaso. Toda aquella vergüenza podía reducirse a dos niños: Lina y Milo Graf. Le había parecido una misión tan sencilla: arrestar a los cartógrafos Auric y Rhyssa Graf y confiscar su extenso archivo de mapas planetarios. ¿Cómo iba a saber que la mujer los engañaría escondiendo los datos en un androide, o que los dos mocosos de los Graf escaparían tan hábilmente? Korda todavía podía oír las palabras de Lord Vader cuando le dio su informe.

—¿Has dejado que los niños se escapen?

Korda tuvo suerte de salir de la sesión informativa con vida.

Esto no podía seguir así. No pasaría el resto de su carrera en esa chatarra.

Comenzó a caminar a través del puente y se encontró a un comandante de tez oscura y expresión preocupada bloqueándole el camino.

—Señor, hemos programado otras siete horas de vuelo alrededor de Klytus V...

Korda rodeó al joven insensato y se dirigió hacia las puertas.

—Entonces no me necesitarán, comandante. Esperaré un informe completo al final de su turno. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor —contestó el comandante mientras observaba a Korda alejándose del puente.

Korda entró en su habitación privada y cerró la puerta tras de sí. Se quitó la gorra y la lanzó sobre la cama por la estrecha cabina. Tras sentarse frente a un minúsculo holoprojector, tecleó su código de acceso privado en el ordenador y abrió el canal de comunicaciones secreto que había estado usando durante las últimas semanas.

Si quería recuperar su honor, necesitaba estar informado, y rápido.

El holoprojector emitió un pitido cuando logró establecer una conexión y envió la señal de Korda al margen de las comunicaciones oficiales del Imperio.

Finalmente, después de lo que le pareció una eternidad, una imagen translúcida apareció en el aire. El capitán se encontró mirando los ojos brillantes de una figura enmascarada, que le devolvía la mirada bajo una pesada capucha.

—*Capitán, no es un buen momento...*

—Ya te he dicho que no menciones mi rango en un canal abierto —respondió Korda de forma brusca—. Yo decidiré si es conveniente o no.



El holograma inclinó su cabeza.

—*Por supuesto, señor.*

Mejor. Ya era hora de que mostrara algo de respeto.

—*¿Qué has descubierto?*

—*Estoy siguiendo una pista.*

Era como intentar arrancarle los dientes a unbantha.

—*¿Dónde?*

—*Eso no le concierne.*

—*¿Que no me concierne? ¡Yo soy el que te paga!*

—*Y la razón por la que mis honorarios son tan altos es porque usted insistió en que hubiera absoluta discreción. Después de todo, ¿un respetado oficial del Imperio contratando a un cazarrecompensas? ¿Qué pensarían sus superiores?*

Korda puso todo su empeño en mantener los nervios bajo control. El cazarrecompensas se burlaba de él, pero lamentablemente también tenía razón. Contratando a Shade, uno de los mercenarios más infames del Borde Exterior,

Korda estaba rompiendo todas las reglas. Pero el precio valía la pena. Si Shade conseguía encontrar los mapas de los Graf, Korda podría usar los datos para hacer varios descubrimientos sorprendentes en el Espacio Salvaje. El alto mando lo recibiría de vuelta con los brazos abiertos si lograba desenterrar una nueva fuente de energía o una mina de metales preciosos.

Y si se deshacía de los chicos Graf en el proceso, bueno..., sería un extra.

—Muy bien, esperaré un informe...

—*Entendido* —contestó Shade, finalizando la comunicación.

El holograma se desvaneció, dejando que Korda se enfureciera en silencio.

Cuando volviera a estar en el rango que le correspondía, se lo pasaría en grande ejecutando al cazarrecompensas en nombre del Emperador.

A miles de años luz de distancia, Shade cerró el holorreceptor de muñeca.

El cazarrecompensas salió de un porche destartado, y miró arriba y abajo por el estrecho callejón. Estaba vacío, aunque se podían oír los sonidos de una calle vecina. Se encontraba en Skree, una centenaria estación espacial escondida en mitad de una nebulosa de polvo. Lejos de los ojos indiscretos del Imperio, atraía a la peor escoria de toda la galaxia. Shade se sentía como en casa.

El asesino encapuchado bajó por el callejón. Ya era casi la hora de la cita. Al llegar a una esquina, Shade se asomó y vio a Meggin, un macho alto de piel roja. El alienígena había caído en su cebo: la promesa de un regalo para su jefe, amante de los tesoros. Perfecto.

Mirando nervioso hacia los lados, Meggin entró en la vieja taberna, como estaba planeado. Esa era la señal de Shade. El cazarrecompensas cruzó la concurrida calle, si-

guiendo al alienígena hasta el interior del edificio medio derruido. Meggin estaba dentro, mirando confundido a su alrededor. El bar estaba vacío, justo como Shade tenía previsto.



Meggin se volvió, y sus pequeños y hundidos ojos se abrieron como platos al ver la pequeña esfera negra en la mano enguantada de Shade. Con un chasquido de la muñeca del cazarrecompensas, la esfera salió disparada por el aire hacia Meggin y le golpeó en el pecho, fijándolo en la pared como a una mariposa sriluuriana en un tablón.

—Esfuézate tanto como quieras —le dijo Shade, caminando hacia delante—. Estás atrapado en un campo de fuerza. Ni siquiera un gundark podría liberarse.

—¿Qué quieres? —dijo Meggin tartamudeando.

—Información —respondió. Un holograma de dos niños apareció en el aire—. Milo y Lina Graf. ¿Dónde están?

Meggin negó con la cabeza.

—¡No sé quiénes son!

—Eso es mentira —dijo Sháde tranquilamente—. ¿Lo volvemos a intentar?

El mercenario pulsó un botón en el dispositivo de su muñeca. Meggin gritó de dolor mientras el orbe de metal se incrustaba cada vez con más fuerza en su pecho.

—Acabo de incrementar la presión gravitacional de la esfera. Continuará aplastándote hasta que digas la verdad.

Sin embargo, el extraterrestre de piel roja se negaba a responder. Shade pulsó el botón de nuevo y Meggin jadeó incómodo. Era sólo cuestión de tiempo.

Shade salió de la taberna poco antes de que pasaran quince minutos. El cazarrecompensas tenía las respuestas y ya estaba planeando una ruta hacia el Borde Exterior.

Los hijos de los Graf se dirigían a Lothal, y Shade los estaría esperando.

CAPÍTULO 2

LOTHAL

Lina Graf se sentó de nuevo en el asiento de piloto del *Ave Susurro* y miró hacia el planeta azul y verde que se extendía ante ellos.

Así que eso era Lothal.

Parecía pacífico, con nubes arremolinándose a lo largo de su superficie. Casi había olvidado lo que se sentía en un lugar tranquilo. La última semana había presenciado cómo su vida se ponía patas arriba. Desde que el Imperio galáctico capturara a sus padres, Lina y su hermano Milo habían escapado de tropas de asalto, cazas TIE y monstruos asquerosos. No era de extrañar que se sintiera tan cansada. Ahora, todo lo que quería era enrollarse como una bola e irse a dormir, pero eso no la ayudaría a encontrar a sus padres, ¿no?

El ordenador de navegación emitió un pitido. El *Ave Susurro* entraría en la atmósfera de Lothal en pocos minutos.

Al menos la nave estaba funcionando correctamente por una vez. El *Ave* siempre había sido muy inestable, y sobrevivía gracias a una mezcla de tecnología obsoleta y buena suerte, pero había recibido unas buenas sacudidas en los últimos días. Lina había llevado los hiperpropulsores al

límite, y los sistemas parecían estar al borde del colapso. Echó un vistazo al localizador de averías de la consola central. No había ninguna luz encendida. No se había activado ninguna alarma. Quizá por eso se sentía tan incómoda. ¿Se estaba acostumbrando a que los circuitos explotaran y a las reparaciones de emergencia?

En realidad, el viaje hasta Lothal había sido sorprendentemente tranquilo. Habían dejado a Sata y Meggin en la nebulosa Skree antes de seguir las señales que habían recibido en Thune.

Los dedos de Lina recorrían los controles de comunicación en busca de la frecuencia, escondida entre los mensajes oficiales del Imperio. Al principio estaba inactivo, pero poco a poco empezó a escuchar una voz que ya le resultaba familiar. Era un hombre, hablando cerca de un micrófono.

—Dicen que tienen nuestros mejores intereses en el corazón, pero no es cierto. Cada día desaparecen más personas. El Imperio nos está engañando. Son...

La voz se distorsionó y se perdió en un estallido de ruido blanco. La conexión se había cortado. No importaba. Meggin les había dicho a Lina y Milo que las transmisiones procedían de Ciudad Capital, en Lothal. Quizá la persona que estaba enviando esas transmisiones podría ayudarlos a encontrar a sus padres o conocía a alguien que pudiera.

Era una posibilidad remota, pero se estaban quedando sin opciones.

Lina aceleró los motores del *Ave Susurro* un poco más.

Casi habían llegado.

Desde algún lugar tras ella, llegó un fuerte golpe seguido de un lamento electrónico.

—¿Milo? —gritó Lina, saltando de su asiento para salir de la cabina—. ¿Qué ha sido eso? ¿Es el compensador de gravedad? ¿Se ha sobrecargado?

La única respuesta que recibió fue un grito agudo de su hermano pequeño.

—¡Cuidado!

—¿Milo?

Entró en la sala de estar y se agachó al percibir que algo se le acercaba.

Frente a ella, Milo rodaba por el suelo... ¡riendo a carcajadas!

Lina se volvió a agachar cuando el pesado objeto volvió a sobrevolar su cabeza. Era su droide, CR-8R, con sus repulsores a toda máquina.

—¡Quítamelo de encima! —gritó el droide, antes de golpearse contra la pared del fondo.

—¿Quitarte qué? —preguntó Lina, antes de ver a un mono-lagarto kowakiano agarrado a la cabeza del droide. La pequeña criatura reía mientras CR-8R trataba de deshacerse de ella.

—¡Morq! —gritó Lina.

El mono-lagarto levantó la cabeza para mirarla. Dejó escapar un grito de pánico y saltó de la cabeza de CR-8R para esconderse tras Milo. CR-8R, mientras tanto, chocó contra la mesa de hologramas y se detuvo a su lado.

—¿Qué estáis haciendo? —dijo Lina con las manos en las caderas.

—Sólo nos divertimos un poco —contestó Milo riendo.

—¿Divertirnos? —exclamó CR-8R, enderezándose—. Ese saco de pulgas ha estado a punto de arrancarme mis receptores de audio.

—Bueno, ¡dijiste que no soportabas los sonidos de Morq! —respondió Milo mientras el mono-lagarto se asomaba arrepentido por su hombro—. ¡Sólo te estaba tapan-do los oídos por hacerte un favor!

Lina no se lo podía creer. De verdad había creído que pasaba algo con la nave. ¡Pero todo había sido otra pelea entre el droide y la mascota de Milo!

—No tenemos tiempo para esto —insistió—. Estamos en la aproximación final a Lothal. Cráter, tienes que transmi-

tir un código de identificación falso para que los Imperiales no sepan que somos el *Ave Susurro*.

—Todavía recuerdo cuando yo solía decirles lo que tenían que hacer —dijo CR-8R con arrogancia mientras se apartaba de la mesa de hologramas.

—Es sólo que le gusta pensar que está al mando —comentó Milo, acariciando a Morq bajo la barbilla.

—Alguien tiene que ser la prudente —le espetó Lina a su hermano—. ¿Por qué no haces algo útil y te callas?

Se volvió hacia la cabina, muy consciente de que Milo le sacaría la lengua a su espalda. ¡Morq probablemente también se uniría a él!

No le importaba. Por lo menos CR-8R ya estaba en posición, conectándose al ordenador del *Ave*. Ante ellos, un carguero imperial orbitaba Lothal, pero el suministro de identidades falsas de CR-8R los engañaría para que los dejaran aterrizar.

Probablemente.

Por fortuna, el código de identificación falso funcionó a la perfección, y el *Ave Susurro* se precipitó a través del brillante cielo azul de Lothal.

Milo y Morq se habían unido a ellos en la cabina de mando, olvidando la discusión anterior al percatarse de lo que tenían delante.

Una ciudad con torres relucientes se asentaba en el horizonte, cada rascacielos se alzaba majestuoso desde el suelo como una aguja brillante.

—¿Allí es adonde nos dirigimos? —preguntó Milo.

—Ciudad Capital —confirmó Lina.

—Es bonita —dijo Milo—. Pero ¿qué se supone que es eso?

Estaba señalando más allá de los rascacielos, a una cúpula negra a medio construir. Unas grúas enormes sujeta-